

*Reading and Criticism*, de Raymond Williams: la construcción del crítico y la relevancia de William Shakespeare

Reading and Criticism, by Raymond Williams: the construction of the critic and the relevance of William Shakespeare

---

Cecilia Lasa

Facultad de Filosofía y Letras,  
Universidad de Buenos Aires,  
Buenos Aires, Argentina. Becaria,  
docente e investigadora en el área  
de Literatura Inglesa.

[cecilialasa@filo.uba.ar](mailto:cecilialasa@filo.uba.ar)

© <https://orcid.org/0000-0002-7752-0747>

Recebido em: 27/11/2018

Aceito para publicação em: 29/11/2018

---

## Resumen

Este artículo explora la construcción del crítico literario en la primera publicación de Raymond Williams, *Reading and Criticism*, y el estatuto que se le asigna en ella a William Shakespeare. En el desarrollo de su trabajo, el escritor galés deja entrever una paradoja. Por un lado, reconoce la importancia de las condiciones sociohistóricas en la delimitación de sujetos lectores en el marco de la democratización del acceso a la educación gratuita y obligatoria en Inglaterra. En este proyecto, el crítico deviene en pedagogo. Por otro lado, Williams sustrae el objeto y la metodología de estudio, así como la propia figura del crítico literario, de su marco contextual. Este artículo no concibe esta paradoja, visibilizada mediante las referencias a Shakespeare, como un desplazamiento del crítico por parte del pedagogo. Por el contrario, este último expone las limitaciones de la primera propuesta de Williams, concomitantes con la ahistoricidad a la que somete el estudio de la literatura.

**Palabras clave:** Williams. *Reading and Criticism*. Crítico literario. Pedagogo. Shakespeare

---

## Abstract

*This article sets out to explore the construction of the literary critic in Raymond Williams's first book *Reading and Criticism* and how William Shakespeare operates in it. In his work, the Welsh writer displays a paradox. On the one hand, he acknowledges the importance of social and historical conditions when training readers in the context of free and compulsory education in England. By means of this project, the critic becomes a pedagogue. On the other hand, the writer removes the object and the methodology of study as well as the figure of the critic from their social and historical frame. This paradox, made visible through the references to Shakespeare, does not mean that the pedagogue outstands the critic: the former exhibits the limits of Williams's first proposal, which are in keeping with the lack of historicity he ascribes to literary studies.*

**Keywords:** Williams. *Reading and Criticism*. Literary critic. Pedagogue. Shakespeare

## Introducción

El presente trabajo se inscribe en investigaciones que intentan describir, explicar y analizar la relación entre la crítica anglosajona de filiación marxista de siglo XX y la obra de William Shakespeare. En el corpus seleccionado, Raymond Williams se destaca como un punto de inflexión, especialmente su escritura y publicación de *Culture and Society*, de 1958. El valor que se le asigna puede atribuirse a su productividad, no solo al interior del trabajo del escritor galés, sino en cuanto a la influencia que ejerce en otros críticos. Por ejemplo, desde Estados Unidos, Stephen Greenblatt (1943–), uno de los fundadores del Nuevo Historicismo, encuentra en Williams la atención a condiciones de producción, circulación y recepción de textos literarios que han sido excluidas de su formación académica (1990, p. 2). El escritor nacido en Gales formula una metodología de análisis de literatura y de artefactos culturales que se propone innovadora debido al énfasis que recae sobre el vínculo entre las producciones artísticas entendidas como prácticas materiales y el marco sociohistórico en el que se insertan. El carácter innovador puede explicarse en virtud de las tendencias dominantes en la crítica literaria del siglo XX, atravesado en Europa y en Norteamérica por las perspectivas de la Nueva Crítica, el Estructuralismo y el Post-Estructuralismo; en Inglaterra, por su parte, es hegemónica la labor en Cambridge de los profesores de Cambridge Frank Raymond Leavis (1895–1978) y Ivor Armstrong Richards (1893–1979), exponentes de la Crítica Práctica, que otorga supremacía absoluta al contenido y rasgos formales de los textos literarios en detrimento de variables biográficas y sociales. En el campo dominado por estas fuerzas intelectuales (Bourdieu, 2003, p. 11), el impacto de la propuesta del autor de *Culture and Society* se observa también en las investigaciones de los ingleses Jonathan Dollimore (1948–) y Alan Sinfield (1941–2017), que se inscriben en la línea del Materialismo Cultural propulsado por el escritor británico. Otro de los criterios para evaluar la relevancia de la publicación de 1958 es la relación que establece con sus tradiciones en tanto se inscribe en un cuadro mayor que ya no solo reconoce a sus predecesores en el ámbito de la crítica literaria en Cambridge, sino que reflexiona sobre la labor de pensadores de la línea marxista inglesa como Christopher Caudwell (1907–1937).

No obstante, la formación y la producción de Williams no han sido constantes ni lineales en lo que respecta a la metodología para el estudio de expresiones artísticas. De hecho, su primer libro de 1949, *Reading and Criticism*, guarda una gran distancia con las consideraciones metodológicas ulteriores de su obra. Ese volumen constituye el corpus sobre el que indagaremos en este escrito debido a que en él el peso de la literatura y del drama, en particular, no es menor. Shakespeare, por su parte, resulta insoslayable en lo

que, desde nuestra perspectiva contemporánea, puede entenderse como proyecto metodológico (Jones, Nield, Wallace, 1997, p. 1). Puede observarse que el novel escritor, en su condición de crítico literario de corte leavisiano, somete a su objeto y su metodología de estudio a una idealización aséptica al sustraerlos de toda vinculación con las condiciones sociohistóricas en las cuales se desarrollan. A la vez, sin embargo, reconoce la urgencia que su propio contexto le plantea para dar a conocer una propuesta que garantice el acceso a la educación universitaria y la permanencia en ella a sectores tradicionalmente postergados –tanto en lo que respecta a la formación de grado como a programas de extensión– en el marco de la gratuidad y obligatoriedad de la educación en Inglaterra en la década de 1960 (Williams, 1962, p. 1).

En tal concepción de crítico literario se distingue una fuerte impronta propedéutica y la referencia a William Shakespeare le resulta orgánica. Por una parte, una introducción al análisis de la obra del dramaturgo –componente indiscutible del canon literario inglés– se inscribe en la línea democratizadora en la que Williams intenta participar. Por otra, la breve y no exhaustiva labor sobre el quehacer del artista isabelino y la poesía del Renacimiento es el aspecto que permite visibilizar los límites de la propuesta para la lectura literaria que esboza el escritor galés: las condiciones materiales de producción pueden aislarse para el estudio de la literatura, aunque resultan insoslayables al momento de considerar a los sujetos que conducen esta tarea. Esta paradoja puede sugerir, en una primera lectura, que la orientación pedagógica tiene preeminencia por sobre el crítico. No obstante, en *Reading and Criticism* la función del pedagogo no desplaza a la de crítico: la dimensión formativa expone las limitaciones de la primera publicación de Williams como lector y productor de crítica debido a la ahistoricidad a la que somete a su objeto y metodología de estudio. Esta hipótesis de trabajo se explorará a lo largo de dos ejes: en primer lugar, se estudiará el modelo de crítico literario propuesto en el libro de 1949 y las paradojas que se desprenden respecto de las consideraciones sobre objeto, metodología y sujeto de estudio; en segunda instancia, se evaluará el estatuto particular de William Shakespeare y su relación con las categorías teóricas y variables metodológicas mencionadas.

### **Paradojas metodológicas en la construcción del crítico literario**

En *Reading and Criticism* puede percibirse una relación que puede concebirse en términos contradictorios. Se distingue, por un lado, una clara distancia con el marxismo por parte del autor luego de su breve membresía en el Partido comunista entre los años 1939 y 1941 (Fieldhouse, 1993, p. 47) y, por otro, una evidente voluntad pedagógica con tendencias democratizadoras en el marco de la educación obligatoria y gratuita (Williams, 1962, p. 1). Esta orientación, que responde a una sensibilidad a la naturaleza social tanto

de Williams como docente y de sus estudiantes, entra en colisión con una propuesta de lectura y análisis literario que niega al objeto literario y a la metodología para su abordaje su constitución como variables también sociales.

El autor, proveniente de una familia trabajadora, explica su inclinación propedéutica en función de las ocho décadas que preceden a la publicación de su primer libro, en las que tiene lugar una ampliación del público lector. Luego de la Revolución en China y de un período de desencanto con la actividad política (Fieldhouse, 1993, p. 55), el escritor comienza a participar activamente de esta nueva “cultural atmosphere” (Williams, 1962, p. 1), sobre la que observa:

the mechanisation of reading habits [...] has widely resulted from the influence of newspapers and deliberately written-down publications [...] connected with [...] an obvious and widespread lack of training, initiation and guidance in the reading of literature (p. 4–5).

Su atención al contexto y su consideración de que “[t]o be able to read serious literature requires training” (p. 8) conducen al incipiente crítico a adoptar una postura democratizadora que se expresa en la escritura de un volumen que “will be useful as a reading manual in literature classes, whether university tutorial classes or the less formal kinds of adult education” (p. ix). De esta manera, traza una línea de continuidad con sus años en Oxford, anteriores a su estadía en Cambridge, comprometido con la educación para adultos por considerarla como medio de cambio social (Fieldhouse, 1993, p. 47–48).

Sin embargo, los objetivos de Williams como alfabetizador en la lectura de textos literarios no condicen con su enfoque para abordar su enseñanza. Como docente, canaliza sus intenciones de “to help him [the general reader] in the reading and criticism of literature” (Williams, 1962, p. ix) mediante la restricción deliberada de “theoretical discussion” (p. ix) y la exposición a

analyses of poems, of prose extracts, and of one complete work, [...] a series of exercises in practical criticism, and a short syllabus and a reading list, [...] discussions of present reading habits, of critics and criticism, of the literary context of drama, and of certain aspects of the relation of literature to society (p. ix).

Ese en este punto donde comienzan a visibilizarse las paradojas metodológicas de *Reading and Criticism*. Su propuesta es tributaria del trabajo de los mentores del joven Williams en Cambridge: Richards, autor de *Practical Criticism. A Study of Literary Judgment* (1929), texto central para el desarrollo de la Nueva Crítica, y Leavis, fundador y editor de la revista académica *Scrutiny*, que “developed the instruments of close reading and careful

contextualisation –‘practical criticism’–” (Inglis, 1998, p. 101). Respecto de estas filiaciones, McIlroy señala:

Cambridge English, and Leavis in particular, [...] was now a major inspiration given Williams's dissatisfaction with the mechanical, reductive Marxism of the period as a weapon of literary and cultural analysis. He found the cultural radicalism of Leavis immensely compelling and “there was the discovery of practical criticism. That was intoxicating”. If one problem with the *Scrutiny* school, for Williams's generation, was its elitism and its dissolution of politics, this was not all-pervasive and what many found attractive was its powerful emphasis on a radical transformation in education (1993, p. 14).

La escritura de *Reading and Criticism* constituye un gesto educativo que responde a su observación de los acontecimientos sociales sobre los que el autor desea intervenir aunque por medio de una metodología que se deslinda de cuestiones políticas –más allá de la concesión que señala McIlroy–, que desatiende las relaciones con el contexto que atraviesan a los textos literarios y que, en consecuencia, no los concibe como prácticas culturales, sino como objetos socialmente asépticos, pasibles de idealización. La paradoja es evidente: la propuesta metodológica de Williams surge, entonces, a partir de una interpelación de fuerzas y movimientos sociales que lo atraviesan a él como sujeto lector y docente pero no a la literatura como su objeto de estudio ni a la metodología para su estudio.

A la luz de esta paradoja, puede entenderse el posicionamiento explícito de *Reading and Criticism* en contra del marxismo, que se visibiliza en el despliegue de dos estrategias. Por una parte, el escritor británico opugna la conceptualización de “*literature as evidence*” (1962, p. 99; énfasis en el original) bajo el argumento de que socava la especificidad literaria. Por otra, propone considerar “*literature as fact*” (p. 102; énfasis en el original). Sobre estos dos movimientos se explaya en el último capítulo, “Literature and Society”, donde sistematiza los temas y problemas de su primera publicación y explicita el modo de leer y analizar expuestos, que se aleja del materialismo histórico –tesis que recién se modifica cuando comienza a tomar distancia de las propuestas de Leavis hacia 1954 y, especialmente, hacia 1958, cuando entra en contacto con la Nueva Izquierda y publica *Culture and Society* (McIlroy, 1993, p. 27, 28)–. Desde esta óptica, el joven crítico desarrolla una modalidad de lectura y de análisis literarios que, mediante la opugnación a reducir la literatura a un rango testimonial y con la intención de recuperar aquello que la constituye como tal, da batalla contra una mirada materialista de la literatura. Su perspectiva metodológica “at the height of Williams's excitement with practical criticism [...] was, as Williams agreed thirty years later, a strong restatement of the Leavisite position with its strengths and debilities” (p. 25) . Si entre las fortalezas puede consignarse un gesto que

intenta definir la literatura como un objeto de estudio específico que requiere un abordaje particular, la debilidad radica en que este enfoque, en su abstracción de las coyunturas históricas, no se condice con los objetivos de *Reading and Criticism*, para cuyo planteo la consideración del carácter social de los sujetos lectores resulta fundacional.

La doble táctica de Williams –desestimar la literatura como evidencia y propiciar la literatura como hecho en tanto composición de palabras– se enmarca en lo que McIlroy identifica como “the battle for literature as a legitimate subject and for a new, distinctive professional approach to its study” (p. 16). En cuanto a la primera estrategia, el escritor concede

that the arts have an intimate relation to society, that the consideration of artistic matters quickly leads to consideration of social and moral questions, and that in one important sense the arts can be fully understood when they are examined within the context of the society in which they are produced (Williams, 1962, p. 99–100).

Si bien no niega la existencia de relaciones entre producciones artísticas y su marco social, ese lazo no es para el autor de *Reading and Criticism* un factor que el análisis literario debe considerar. Por esa razón, rechaza la noción de literatura en clave de testimonio:

What literature provides to the great majority of social historians is no more than a battery of such quotations, which they lift skilfully to embellish their texts. But it must be insisted that the evidence which literature may provide –and it is indeed evidence that is not available elsewhere– is accessible only if literature is treated as literature (p. 101).

Se observa un claro gesto que apunta a reivindicar la especificidad de la literatura al sustraerla de la ecuación que la equipara a una subsidiaridad para el desarrollo de otras ciencias. En este sentido, el joven galés se resiste a reducir los textos literarios inventarios de citas que simplemente operen como ilustración (p. 102) a investigaciones de otras disciplinas. En contraposición, esgrime el concepto de literatura como hecho. Esta propuesta evidencia su oposición a abordajes marxistas:

There have been many modern theories of literature, from its dismissal by cruder psycho-analysts as fantasy and compensation, to those ideas generally associated with Marxists which make it a “handmaiden... a function of social man indissolubly tied to his environment”. These theories lead to all kind of pseudo-critical remarks about works of literature, and association with older ideas about literature as the bearer of “sweetness and light” or “the poet as legislator” lead to the dismissal of this work (Eliot’s *Waste Land*) as “to all but anthropologists and literati so much wastepaper”, or that work (the prose of James Joyce) as “the iridescence on a stagnant pool”, or a variety of works as *lewd, pessimistic, subversive, escapist, reactionary*,

*defeatist, red, or filthy*. It is not that literature is not answerable to extra-literary forces. [...] But a work of literature is a precise and conscious organisation of experience, and it must always primarily be treated as such. All criticism, all attempts at correlation, must begin from the fact of the work. [...] The cruder psycho-analytical, political and historical theories of literature represent, ultimately, failures of reading, which is why comment is made on them in this book (p. 102–103).

Las consideraciones sociales que son condición de posibilidad para la escritura y publicación de *Reading and Criticism* se expulsan de manera definitiva tanto del abordaje de la literatura como de su enseñanza. Esta postura puede responder a que el docente e incipiente crítico, leavisiano, no distingue entre materialismo histórico y marxismo vulgar: para él, las teorías que recuperan la relevancia de fuerzas políticas e históricas para el análisis literario atribuyen a la literatura un estatuto ancilar. Una lectura marxista de la literatura es, según las propias palabras del autor y su metodología, una mala lectura.

De hecho, elaborar una mala o buena lectura es el criterio que Williams emplea al momento de conceptualizar la figura del crítico literario. En este sentido, intenta separar al crítico de otros profesionales mediante la utilización de las estrategias descriptas: “Literature [...] very frequently provides social evidence. But those who [...] proclaim it are too often persons whose training has been exclusively sociological and who are in many ways unfitted for the reading of creative literature” (p. 100). El acto de leer constituye una práctica tan específica como los textos literarios que son su objeto. Así, a los profesionales de la lectura el autor de *Reading and Criticism* les adscribe tareas propias de su especialidad: “Criticism is concerned with evaluation, with comparison, with standards” (p. 3). El capítulo “Critics and Criticism” se explaya respecto de “the activity of good reading” (p. 28) en la cual se establecen tales estándares, encargados de proveer los parámetros a partir de los cuales dotar de sentido a la experiencia de lectura (p. 28). Williams llama la atención sobre el hecho de que no se trata de estándares externos: “Standards are not rules which are brought from the outside and imposed upon each work. They grow, rather, from a number of local observations and decisions; are formulated by the development of a literature” (p. 27). Esta definición de los parámetros que hacen a la crítica permite comprender la razón por la cual el joven escritor desestima en su primera publicación el trabajo con la teoría:

“What are the standards?” This question could be treated theoretically, but a preoccupation with theories of literary judgement and value seems quite frequently to be of little relevance to the actual judgement of literature, however useful it may be to other branches of knowledge. Often, indeed, one has seen a theoretical interest of this kind distract attention from literature. I must not be understood as implying that all literary theory is a distraction. It is my experience, however, that it is not in theory (of a kind) that the general reader is lacking, but rather straightforward

practical reading ability. I think that the negative functions of theoretical discussion –the dislodgement of literary mottoes– are the most important in this time and place (p. 25–26).

Para Williams, la teoría compone un cuerpo de saberes ajenos al texto literario, una distracción que entorpece la lectura. A la luz de la argumentación anterior, pueden establecerse dos corolarios. En primer lugar, según puede deducirse a partir de las consideraciones del crítico británico sobre su objeto y metodología de estudio, el vínculo que podría desarrollarse entre teoría y literatura es que esta constituye para aquella solo un banco de citas con las cuales ilustrar un marco conceptual. Este lazo confirmaría, en segunda instancia, que los conocimientos teóricos son ajenos al objeto literario, por lo que no tendrían lugar en el desarrollo de una metodología específica para su tratamiento. La figura del crítico se erige como tal solo en la lectura del texto literario.

El modelo de crítico que propone *Reading and Criticism* se corresponde con la figura del trabajador alienado que Karl Marx formula en *Ökonomisch–philosophische Manuskripte aus dem Jahre 1844*. Señala el pensador alemán:

Der Gegenstand, den die Arbeit produziert, ihr Produkt, tritt ihr als ein *fremdes Wesen*, als eine von dem Produzenten *unabhängige Macht* gegenüber. Das Produkt der Arbeit ist die Arbeit, die sich in einem Gegenstand fixiert, sachlich gemacht hat, es ist die *Vergegenständlichung* der Arbeit. Die Verwirklichung der Arbeit ist ihre Vergegenständlichung. Diese Verwirklichung der Arbeit erscheint in dem nationalökonomischen Zustand als *Entwirklichung* des Arbeiters, die Vergegenständlichung als *Verlust und Knechtschaft des Gegenstandes*, die Aneignung als *Entfremdung*, als *Entäußerung* (1968, p. 511–512; énfasis en el original).

Desde esta concepción de trabajo enajenado, puede concebirse el quehacer intelectual en los términos propuestos por Williams como pasible de convertirse en una labor alienada y alienante. En este sentido, la figura de crítico propuesta –abstraídos él, su objeto y su metodología del diálogo con saberes teóricos y de las coyunturas históricas que los enmarcan y que son su condición de posibilidad– conduce a una idealización de su labor en tanto no reconoce que se encuentra atravesada por variables socioculturales que también hacen a la especificidad de su estudio. Así, lo propiamente literario que el escritor en su producción temprana se empeña en definir se despliega solo en el plano de lo formal. Esta reducción se corresponde con la alienación intelectual:

Die *Logik* –das *Geld* des Geistes, der spekulative, der *Gedankenwert* des Menschen und der Natur– ihr gegen alle wirkliche Bestimmtheit vollständig gleichgültig gewordnes und darum unwirkliches Wesen –das *entäußerte*, daher von der Natur *und* dem wirklichen Menschen abstrahierende *Denken*; das *abstrakte* Denken (p. 571–572; énfasis en el original).

El quehacer enajenado se evidencia en la operación intelectual que Williams privilegia, el análisis literario. Si el crítico literario deviene como tal exclusivamente por el abordaje de su corpus de trabajo, “this width and depth [of literature] [...] exist primarily in words, can only be measured in literary analysis” (Williams, 1962, p. 106). Para definir esta práctica, el joven docente apela a una cita de su mentor, Leavis, extraída de *Education and the University*:

Analysis is not a dissection of something that is already and passively there. What we call analysis is of course a constructive or creative process. It is a more deliberate following through of that process of creation in response to the poet's words which reading is. It is a recreation, in which, by considering attentiveness, we ensure a more ordinary faithfulness and completeness (p. 31).

El crítico literario se confirma, entonces, como aquel capaz de realizar la operación intelectual del análisis, despojada de categorías teóricas y otras marcas sociales, y de embarcarse en un proceso por el cual, en la instancia de recepción, recrea los aspectos constitutivos de la instancia de creación. Este corte leavisiano se observa en la sección “Extracts for Analysis”, donde se ofrece un inventario de fragmentos literarios sin indicar datos bibliográficos y exhorta: “DO NOT CONSULT THIS LIST UNTIL THE EXERCISES HAVE BEEN COMPLETED” (p. 141; énfasis en el original). El análisis que desarrolla el crítico literario y cuyo ejercicio lo constituye como tal se realiza en un plano meramente formal, metodología que resulta contradictoria con la dimensión social y pedagógica que Williams no desconoce en la figura del crítico.

La abstracción a la que Williams sujeta el texto literario, su estudio y al profesional encargado de la práctica de lectura no es sino la expresión visible de las contradicciones de su proyecto de construcción de sí como crítico. Esta paradoja se evidencia en el hecho de que, a la vez que desestima marcos conceptuales e históricos, señala otro criterio definitorio de la crítica: “Criticism [...] is essentially a social activity” (p. 29). Luego se expone al respecto: “the extension of good reading, which is an individual concern, into criticism, which is a community concern, may be achieved by the process of a group analysis and discussion, to which an understanding of normal critical analysis is an essential prerequisite” (p. 30). El texto como objeto y la metodología para su abordaje están sometidos a operaciones intelectuales asépticas, aunque su recepción y los modos en que esta se desarrolla son de carácter social. Esta aparente contradicción se explica en el carácter pedagógico que acompaña la publicación primera del joven británico, para quien Leavis y Richards, exponentes de la Crítica Práctica por la que él aboga, “ha[ve] done more to develop literary criticism an analysis as an educational discipline than any other critic” (p. 31). La voluntad pedagógica sobre la que Williams insiste es justamente lo que

evidencia las contradicciones metodológicas en lo que respecta a la concepción de su objeto de estudio y su modo de abordarlo. Él es capaz de atender a las condiciones históricas en las que se inscriben sus estudiantes lectores y con ellos se encuentra comprometido como docente, en tanto es consciente de que cuenta con el conocimiento de nociones y prácticas para que su público lector sea capaz de desarrollar un análisis literario. No obstante, los términos en los que entiende esta práctica se ubica en las antípodas de su concepción sobre sujetos lectores puesto que el objeto a ser leído, la metodología para hacerlo y su conceptualización de la figura del crítico se presentan como instancias ahistóricas.

### William Shakespeare en *Reading and Criticism*

En el marco de la ahistoricidad a la que Williams somete la figura del crítico literario, su objeto y metodología de estudio, pero de la que se sustrae en su dimensión de pedagogo, resta preguntarse sobre el abordaje de la obra de William Shakespeare en la publicación de 1949. La mención del bardo inglés y sus obras se hace presente en la sección “Extracts for Analysis”, donde se transcribe un pasaje de *Measure for Measure* aunque, fiel al abordaje leavisiano, no menciona la autoría. También el “Draft Syllabus” indica la lectura de “[o]ne play by Shakespeare” (p. 139) y de “eight to twelve selected poems” (p. 139) entre los cuales se consignan versos del dramaturgo en su condición de poeta. Shakespeare integra material de clase por lo que su sola presencia lo confirma como aspecto del proyecto pedagógico de Williams. Sin embargo, no es en tales secciones donde se evidencia cuál es la razón de esta inscripción. El estatuto, naturaleza y función de las referencias a Shakespeare están diseminados en el primer escrito publicado por Williams y, aunque no modo explícito, contribuyen a construir la figura del crítico literario, portadora de las contradicciones identificadas.

Shakespeare se presenta como la figura donde se proyectan batallas teóricas, como lo demuestra la opugnación del joven galés a las consideraciones conceptuales románticas. El capítulo “Reading in Practice: Verse” consigna un pasaje de *Troilus and Cressida* como ejemplos de versos con los que el lector puede no estar familiarizado porque se alejan de “the naïve conceptions of poetry as rumination or dream” (p. 48). Esta mención sirve el propósito de socavar, en el ámbito de la enseñanza universitaria, la poesía del Romanticismo como aquella que exalta la subjetividad del poeta y no el poema como hecho artístico:

the nature of the poetic methods of certain Elizabethan and Jacobean dramatists [...] provided the necessary counterbalance to the general Romantic emphasis; and [...] allowed readers to see that poetry, and particularly English Poetry was not something

to be simply identified with the more general romantic poetic attitudes. Yet this counterbalance, established as it is in respectable critical and creative practice, is hardly known by the general reader. [...] A poet is still a dreamer, out of contact with the everyday world, rather than a fully responsive individual in touch with, and expressing, the sensibility of his age (p. 46–47).

El pronunciamiento en contra de la ecuación entre poeta y soñador alejado, en soledad, de las inquietudes y urgencias de su época puede explicarse de acuerdo con la formación académica del autor de *Reading and Criticism*. En ella, Williams se reconoce explícitamente la influencia de Thomas Stearns Eliot en su producción temprana de Williams (p. ix). En dicha filiación puede rastrearse la presencia de nociones desarrolladas por el escritor de origen norteamericano en su conocido ensayo de 1917, “Tradition and the Individual Talent”. En este escrito, se explaya en contra del énfasis en lo subjetivo al plantear que el valor de un artista no se mide en función de rasgos propios, sino que se evalúa en virtud de su relación con otros artistas y una tradición que lo precede (1932, p. 15), como lo afirma seis años después en el ensayo “The Function of Criticism” (p. 23). La tradición de la que habla Eliot se resemantiza en la publicación de Williams en términos de lo que este último denomina “standards” (1962, p. 3 y p. 23 y ss.). Los dos críticos rechazan la exaltación del poeta como parámetro para la evaluación del arte, aunque no en aras de una concepción más amplia y compleja de tal figura, sino en su negación, a favor de la entronización del texto en su dimensión exclusivamente formal. Shakespeare en *Reading and Criticism* sirve y visibiliza ese propósito.

La impugnación al Romanticismo permite desplegar otra ofensiva teórica articulada sobre el dramaturgo isabelino, que le ofrece la oportunidad al crítico leavisiano de expedirse en contra del Realismo social. Según sus palabras, esta literatura refiere a “a distinct body of work [...] [in which] a writer seems to use social facts, of his own or another society, for the realisation of a particular experience” (p. 105). Nuevamente, por medio de una alusión a Shakespeare, Williams intenta formular el vínculo entre texto literario y sociedad, que resulta insoslayable en el esbozo de su proyecto metodológico:

The writer’s experience may be projected, as it were, into a selected fragment of social history where it can be made immediate and tangible. The English and Roman history plays of Shakespeare (for example, but with a reservation on their different levels of maturity) are best understood this way (p. 105).

El pasaje resulta relevante por el recorte metodológico que supone, así como el criterio sobre el que se sustenta: solo las piezas históricas, por su contenido, pueden arrogarse establecer una relación con el marco social –aunque no especifica si se refiere al período de la historia al que remiten las obras o al contexto de producción–. Esta delimitación y su fundamentación habilitan la conjetura de que las coordenadas en el que

se inscriben las tragedias y las comedias del dramaturgo, así como su lírica, no resultan relevantes para su análisis, en línea con la propuesta de Williams. De hecho, el escritor admite: “The fundamental practices of literary analysis are fully applicable to written drama” (p. 95). En esta afirmación subyacen y se actualizan las concepciones de crítico y su lectura ya estudiadas: esta última es una operación que consiste en aplicar la metodología que exalta el texto literario como hecho en sí, mientras que quien ejerce esta tarea es un ejecutor de técnicas ajenas al objeto literario. La especificidad genérica no es un problema: abordar el teatro de Shakespeare es equivalente a estudiar cualquier otro texto literario. Así lo confirman testimonios según los cuales el escritor galés es capaz de dedicar una clase de dos horas al análisis de doce versos de una obra del dramaturgo, gesto que lo convierte en más leavisiano que el propio Leavis (McIlroy, 1993, p. 25). En este caso, Shakespeare es el instrumento por el que *Reading and Criticism* desestima lo que dicha propuesta entiende por realismo social y por el que se reivindica la metodología de análisis que ignora la dimensión histórica de los textos literarios.

La apropiación de Shakespeare por parte de Williams expone, asimismo, las contradicciones que enhebran *Reading and Criticism*. Por un lado, mientras descarta análisis provenientes del marxismo y del psicoanálisis por considerarlos no específicos a la labor literaria, desatiende esa especificidad que él mismo intenta defender mediante la aplicación de un método de naturaleza universal, concebido *a priori*, que ignora las particularidades estilísticas de la producción shakespeariana, en particular, y literaria, en general. Aquí ya no idealiza el texto como objeto de estudio, sino una metodología que se eleva por encima de él y adquiere un carácter universal. Tanto objeto como metodología de estudio se alienan de las coordenadas históricas en las que sí tiene conciencia de insertarse el crítico en su condición de pedagogo. Por otro lado, Williams no explicita la pugna teórica que subyace a sus comentarios sobre el Romanticismo y el Realismo social. Esta postura responde a su resistencia a dialogar con la teoría en el análisis literario, en su intento de democratizar el acceso y el ejercicio de la lectura entendida como práctica de contacto exclusiva con el texto literario. Este gesto, sin embargo, socava su voluntad pedagógica puesto que se presenta como un crítico que no pone a disposición de sus lectores las prácticas por las cuales se ha construido como tal. De este modo, se propone como un modelo de lector objetor de estéticas y portador de concepciones sobre la literatura y actos de leer que se exponen a su audiencia como homogéneas y certeras, velando los conflictos teóricos e ideológicos concomitantes. A su público no le resta sino aceptar su propuesta como válida, gesto totalizador que contradice su intención educativa democratizadora.

Las alusiones a Shakespeare consignadas, entonces, visibilizan los límites de la propuesta metodológica de *Reading and Criticism* en un doble movimiento. Por una parte,

evidencian la falibilidad de la especificidad como criterio que articula la propuesta metodológica: Williams objeta análisis marxistas y psicoanalíticos puesto que desconocen la particularidad del texto literario, aunque los aspectos estilísticos propios de cada texto se desestiman debido a los alcances de un método de análisis universal, aplicable al objeto de estudio en desconocimiento de dichas especificidades. Por otra, su proyecto de democratizar la práctica de lectura puede verse obturado en tanto presenta conocimientos sobre literatura como un producto cristalizado, despojado de las controversias ideológicas asociadas a las diversas concepciones de literatura, lo cual resulta concomitante con su insistencia de remover la dimensión histórica de la labor del crítico. De este modo, la figura de lector propuesto se idealiza, con el riesgo de tornarse inasequible para los estudiantes a quien el autor de *Reading and Criticism* desea formar como tales.

En el marco de esas contradicciones, el autor insiste en su cruzada de socavar obras de índole “naturalist, a term that it will be necessary to define” (Williams, 1962, p. 88) y se sirve nuevamente de Shakespeare. Así procede Williams:

naturalism in the drama is [...] the “imitation of life”. [...] But what the naturalists mean by it can be seen from the terms which they use in praise and condemnation: a good play, for them, is “just like life”, has “finely observed characters”, seems “more like an experience one actually lives through than a mere dramatic illusion”; a bad play, on the other hand, is “unnatural, forced, exaggerated, rhetorical”; its “characters are wooden” or “mere puppets of the author, without any life of their own”; it is “something you would never see happening in life” [...]: they are commonplace attitudes of public and reviewers (p. 88).

Williams cumple en no proponer teoría en la discusión y se limita a emplear abstracciones –los naturalistas, en general, sin especificar quiénes–. Estas estrategias argumentativas resultan débiles, tanto que su propio comentario se torna, al igual que los enunciados naturalistas que critica, un lugar común. La apelación posterior a Shakespeare intenta remediar esta falencia por cuanto opera como un ejemplo que ofrece sustento a su impugnación del Naturalismo: “In Elizabethan performance [...] it is clear that there was a high degree of convention” (p. 90). Comienza, entonces, a enumerar la dicción en verso, la presencia de actores hombres para desarrollar papeles femeninos, la economía en la escenografía y efectos, entre otros artificios estilísticos a los que niega su sustrato social (Bajtín, 2008, p. 245). Dado su carácter convencional, concluye: “These few factors alone indicate the impossibility of believing that a Shakespeare play [...] was meant to look or sound ‘like life’” (Williams, 1962, p. 90). En estas apreciaciones, el joven galés parece desconocer las diferencias semánticas que “realidad”, ficción y “verosimilitud” comportan para el análisis. Para ilustrar su afirmación cita el siguiente fragmento de *King John* en el que rey homónimo se notifica de que su sobrino no ha muerto: “Young Arthur is alive: this

hand of mine / Is yet a maiden and an innocent hand” (IV, iii, 251–252). Williams observa que cuando el personaje de Hubert, a quien el monarca previamente encomienda la muerte del joven, comunica la noticia, el soberano podría interrumpirlo con una interjección que demuestre su alegría, expresión de alivio frente al pesar que sucede al arrepentimiento de su pedido. Inmediatamente, aclara:

But Shakespeare was not concerned [...] with such a representation. His arrangement of words ignores the possible actuality in favour of that coherence which his conventional form confers [...]. The dramatic method is one of abstraction and concentration and re-arrangement (Williams, 1962, p. 92).

Se trata de un argumento fácilmente refutable: ¿con qué justificación el autor de *Reading and Criticism* da cuenta de la conducta de un rey? Su conclusión no es sino una mera conjetura. La referencia a la pieza histórica de Shakespeare, finalmente, lejos de instrumentar el ataque de Williams al Naturalismo, evidencia los límites metodológicos de su propuesta.

Las limitaciones en el modelo de crítica que se propugna en la primera publicación del escritor galés obligan a dar espacio a aquellas variables que el escritor desestima, como el contexto de producción y de recepción inmediato. En un principio, puede tomarse el mismo ejemplo que ofrece Williams y realizar una lectura alternativa: podría especularse, también, que el monarca es soberano de su silencio, especialmente en consideración de John como estratega. En este sentido, la ausencia de verbalizaciones o gestos emotivos puede interpretarse como una conducta esperable en un rey, en cuanto visibiliza la formulación de una estrategia a desarrollar por parte de un personaje preocupado por mantener su corona. Este argumento también puede recibir la objeción de ser otra especulación. No obstante, puede adquirir mayor solidez argumentativa si se presta atención a aquello que Williams desestima: el contexto histórico en el que se produce *King John*, el reinado de Isabel I. La obra alimenta el mito Tudor y exalta la identidad inglesa, como suelen proceder las piezas históricas de Shakespeare (Kewes, 2003, p. 171). Esta posible interpretación se ancla en el parlamento final de la obra a cargo del personaje de Philip, el bastardo:

This England never did, nor never shall,  
Lie at t'he proud foot of a conqueror,  
But when it first did help to wound itself...  
Now these her princes are come home again,  
Come the three corners of the world in arms,  
And we shall shock them nought shall make us rue,  
If England to itself do rest but true (V, vii, 112–118).

De acuerdo con Dover Wilson, “the great conclusion [...] is the theme of the whole play” (2009, p. lx). En este sentido, la clausura de la pieza es también la clausura de un período signado por rivalidades internas y externas. Esta desestabilidad de doble origen no solo remite al momento histórico al que refiere la obra, sino que se reviste de particular relevancia si se consideran las amenazas insulares y continentales a las que está sometida la reina Isabel I durante su mandato, que oficia como marco de *King John*. Esta obra participa así de la consolidación de la soberana –considerada bastarda, como quien enuncia el parlamento final– y su dinastía mediante la mitologización de su figura, capaz de subsumir y cristalizar conflictos sociales. Esta lectura, sin embargo, no solo no se encuentra presente en *Reading and Criticism*, sino que, además, no resulta posible a la luz de una metodología de análisis que se ofrece como universal y ahistórica.

### Consideraciones finales

Las apreciaciones de esta sección no pueden ser concluyentes. Un mayor grado de certeza respecto del estatuto de *Reading and Criticism* en la producción de Williams solo puede alcanzarse si se lo pone en relación con las publicaciones posteriores del autor, que el avance en la investigación procurará. En virtud de esta limitación, debemos relativizar las conclusiones del presente artículo en torno a la relevancia de William Shakespeare en la labor del crítico.

Este trabajo ha intentado analizar cuál es el estatuto del dramaturgo inglés en la primera publicación de Williams. Ha podido observarse que esta constituye un proyecto que se despliega en dos direcciones: a la vez que se pronuncia como parte de una propuesta pedagógica, se exponen argumentaciones en torno a la conceptualización de la literatura, de la metodología para su abordaje y de la naturaleza y la función del crítico. No obstante, la intención democratizadora, desplegada en una alfabetización que ofrece herramientas para la lectura de textos literarios, entra en conflicto con los modos en que se concibe y propugna esa práctica. Mientras que su voluntad propedéutica da cuenta de la sensibilidad de sí como sujeto parte de un entramado histórico –el acceso de trabajadores a la educación universitaria a partir de su gratuidad–, su concepción de objeto de estudio y metodología de trabajo se alienan de dicho contexto. Las referencias a William Shakespeare evidencian estas contradicciones. Asimismo, la mención de algunas de sus obras y el breve comentario sobre ellas le permiten al escritor galés dar batalla en contra de la subjetividad romántica del artista que exalta la personalidad creadora e impugnar el Realismo social y el Naturalismo literario. La resistencia a explicitar un marco conceptual y dialogar con él no permite profundizar esas cuestiones, aunque dicha ausencia sí da cuenta de posicionamiento teórico de Williams, en concordancia con la Crítica Práctica promovida por sus mentores Richards y Leavis. En una misma línea, el autor de *Reading*

*and Criticism* exalta la supremacía del texto literario para el análisis y, en este sentido, rechaza abordajes marxistas y psicoanalíticos porque los sospecha aplicacionistas: los críticos que se ejercitan en estos enfoques desconocen la especificidad del objeto literario y solo apelan a él en busca de evidencia para sus trabajos. Sin embargo, es precisamente su empleo de Shakespeare lo que demuestra que su propuesta metodológica es también de índole aplicacionista: el método de lectura formal que él propugna se presenta como universal y, en consecuencia, aplicable a cualquier tipo de texto. Aquí confirma la sustracción de la literatura como objeto y de la práctica de lectura de las coordenadas históricas en las que se inscriben. Tal enajenación revela la idealización del objeto y de la metodología así como el carácter alienado del crítico. La inclusión de Shakespeare en esta propuesta exhibe dos grandes contradicciones metodológicas. Al interior de *Reading and Criticism*, propugna un enfoque aplicacionista en donde se idealiza el objeto y el método sin reconocer la especificidad genérica del texto, que es también de carácter social. Por otra parte, esta limitación expone las limitaciones de la dimensión alfabetizadora de la figura del crítico: en tanto pedagogo con claras intenciones democratizadoras no logra vislumbrar que su metodología, resultante de la alienación, socava los alcances de ese proyecto social. Las relaciones que establece con Shakespeare demuestran que la primera publicación del escritor británico asigna al crítico una función social que niega al objeto y a la metodología de estudio. Esto no implica que dicha figura sea reemplazada por el modelo de formador expuesto: la tarea alfabetizadora, que no puede ignorar su inscripción histórica, señala las inconsistencias producidas al despojar al crítico y su labor de la historia.

---

## Referencias

BAJTÍN, Mijaíl. El problema de los géneros discursivos. In: *Estética de la creación verbal*. Trad. Tatiana Bubnova. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008, p. 245–290.

DOVER WILSON, John. Introduction. In: SHAKESPEARE, William. *King John*. Cambridge: Cambridge University Press, 2009, p. vii–lxii.

BOURDIEU, Pierre, *Campo intelectual, campo de poder*. Trad. Alberto Ezcurdia. Buenos Aires: Quadrata, 2003.

GREENBLATT, Stephen. *Learning to Curse: Essays in Early Modern Culture*. Nueva York: Routledge, 1990.

ELIOT, Thomas S. The Function of Criticism. In: ELIOT, T. S. *Selected Essays*. Londres: Faber and Faber, 1932, p. 23–36.

\_\_\_\_\_. Tradition and the Individual Talent. In: ELIOT, T. S. *Selected Essays*. Londres: Faber and Faber, 1932, p. 13–22.

FIELDHOUSE, Roger. Oxford and Adult Education. In: MORGAN, W. John e PRESTON, Peter (Org.). *Raymond Williams. Politics, Education, Letters*. Nueva York: St. Martin's Press, 1993, p. 47–64.

JONES, Rod, NIELD, Sophie, WALLACE, Jeff. Introduction: "Somebody is trying to think...". In: JONES, Rod, NIELD, Sophie, WALLACE, Jeff (Org.). *Raymond Williams Now. Knowledge, Limits and the Future*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire y Londres: Macmillan Press Ltd, p. 1–21.

INGLIS, Fred. *Raymond Williams*. Londres y Nueva York: Routledge, 1998.

KEWES, Paulina. The Elizabethan History Play: A True Genre?. In DUTTON, Richard e HOWARD, Jean E. (Org.), *A Companion to Shakespeare's Works. Volume II. The Histories*. Malden, Oxford, Victoria y Berlín: Blackwell Publishing, 2003, p. 170–193.

MARX, Karl. *Ökonomisch-philosophische Manuskripte aus dem Jahre 1844*. In: MARX, Karl. *Werke. Band 40*. Berlín: Dietz Verlag Berlin, 1968.

MCILROY, John. Teacher, Critic, Explorer. In: MORGAN, W. John e PRESTON, Peter (Org.). *Raymond Williams. Politics, Education, Letters*. Nueva York: St. Martin's Press, 1993, p. 14–46.

WILLIAMS, Raymond. *Reading and Criticism*. Cambridge: Cambridge University Press, 1962.

SHAKESPEARE, William. *King John*. Cambridge: Cambridge University Press, 2009.